



MISA CRISMAL

San Nicolás, 29 de marzo de 2021

Por medio de un hermoso pórtico nos adentrábamos ayer mismo, Domingo de Ramos, en la Semana Santa; acompañando a Jesús que sube a Jerusalén para consumir su Pascua. Estamos ya en los días Santos, anticipando incluso el Jueves Santo en esta Misa Crismal. Muchas circunstancias nos impulsan a vivir una Semana Santa distinta, muy centrados en lo esencial; limitados en lo exterior de nuestra piedad y religiosidad, que tiende a exteriorizar y a compartir nuestra fe en las calles y plazas, pero que debe ser, especialmente ahora, rica en hondura e interioridad, que ilumine y consuele en tiempos de especial necesidad de encuentro con la bondad y misericordia del Señor.

Cuando la Humanidad esta viviendo una noche oscura de auténtica prueba, son muchos en toda la Iglesia y en nuestra Diócesis: Sacerdotes, vida consagrada, fieles laicos, que sostenidos por el Espíritu, en medio de esta crisis generalizada, nos invitan con su vida y su palabra a vivir una Semana Santa profunda, contemplativa y solidaria con los más necesitados, que transforme por el encuentro con El, especialmente en los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, nuestro corazón de piedra en un corazón de carne.

La Palabra de Dios de esta Misa Crismal y toda la celebración nos ayudan a centrarnos en lo esencial del ministerio de Jesús y en nuestro propio ministerio. Que hermosas y especialmente oportunas resuenan las palabras del Libro de Isaías (Is 61, 1-31. 6a.8b-9), que hemos escuchado como primera lectura. Que enorme deseo sentimos que se siga cumpliendo el pasaje del Evangelio de S. Lucas (Lc, 16-21), que acaba de ser proclamado.

Por ello, suplicamos a Jesús, al “Ungido” por el Espíritu Santo, al enviado a “evangelizar a los pobres” y a “poner en libertad a los oprimidos”, que siga haciendo resonar su palabra de curación, de consuelo y de esperanza en el “hoy” en el que Él sigue cumpliendo la

Escritura; en el “hoy” que estamos viviendo y sufriendo, tan sumamente necesitado de su presencia y misión.

El va a seguir haciéndose presente en el signo de los Óleos que vamos a bendecir y en el Crisma que vamos a consagrar; Óleo de los Catecúmenos con el que estos son preparados y dispuestos para el Bautismo; Óleo de los Enfermos con el que estos reciben alivio en su enfermedad y consiguen el perdón de sus pecados; Santo Crisma con el que serán ungidos los nuevos bautizados y signados los confirmandos, se unguirán las manos de los nuevos presbíteros, y se consagraran las iglesias y los altares.

Y Él seguirá haciéndose presente , sobre todo, en la Eucaristía en la que renovaremos su Misterio Pascual, y a la que especialmente nos sentimos unidos hoy, anticipando el Jueves Santo , los llamados y escogidos por Él para prolongar su sacerdocio al servicio de los hermanos, en nuestro caso en el seno del Presbiterio diocesano de nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante.

Ante la renovación de las promesas sacerdotales, que vamos a hacer a continuación, os animo a que hagamos de nuestra vida y ministerio un permanente si a la voluntad de Dios. Hace escasos cuatro días las lecturas de la Solemnidad de la Anunciación nos mostraban como ofrendas a la voluntad del Padre, las palabras del Hijo y de su madre. Las del Hijo en la Carta a los Hebreos (Hb 10, 4-10), como si fuera una declaración de intenciones del mismo Cristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de la Encarnación: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. Y las María ante el mensaje del ángel: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra”.

Hagamos nuestra renovación de las promesa sacerdotales a la luz de estas palabras; teniendo ante nosotros el ejemplo de nuestro querido obispo D. Rafael, llamado a la casa del Padre hace escasos veinte días; que hizo de estas concretas palabras referencia para su ministerio, entendiendo su vida ministerial como ofrenda de si mismo, como “sacrificio”, como Eucaristía. Que importante es considerar la Eucaristía como un misterio que se ha de vivir como fuente de una real forma eucarística de la existencia, desde la unión con Cristo y la configuración con Él. A ello nos ayudan los materiales de nuestra Delegación para el

Clero, elaborados a la luz de las Orientaciones diocesanas para este curso y siguiendo “Sacramentum caritatis” de Benedicto XVI.

Y en la vivencia de nuestra presente renovación de las promesas sacerdotales viene, también como ayuda para nosotros, la luminosa referencia de S. José, en su Año a él dedicado por Papa Francisco; no por casualidad para el Día del Seminario de la presente Campaña se escogió como lema, “Padre y hermano, como San José”, al presentarlo como modelo de los candidatos al sacerdocio, de llegar a esa configuración a la que, por gracia, esta llamado el presbítero en medio del Pueblo de Dios.

La verdadera paternidad espiritual del sacerdote es difícil y exigente; se deviene padre por el olvido de sí, por la renuncia al propio yo que va esencialmente unida al amor, la entrega, al servicio desinteresado, y que va frecuentemente revestida con la discreción y con la monotonía del deber, algo referencial en S. José y nada atractivo para ciertos planteamientos y estilos de hoy, y también de otros tiempos.

No obstante las dificultades y las contradicciones dolorosas de ciertos sacerdotes con una verdadera paternidad, la vivencia de la paternidad espiritual del sacerdote es muy importante hoy; existe una gran necesidad en las presentes circunstancias sociales, que rayan en la desorientación y el desamparo de nuestra Humanidad, y que demandan que existan auténticos iconos de la paternidad divina; en palabras de Papa Francisco en “Patris corde”: sombras “del único Padre celestial”. Servidores con sentimientos y autoridad, con capacidad de acogida y de entrega por el bien de su familia, en nuestro caso de la parroquia, de la comunidad, que el Señor nos ha confiado. Para el propio sacerdote experimentar en el ejercicio de su ministerio el despliegue de una verdadera paternidad, es una gran gracia que da a su sacerdocio una belleza y, sobre todo, una fecundidad verdaderamente estimulantes como ninguna otra cosa. Un auténtico don del Espíritu, que hace realidad la gracia que fluye del sacramento del Orden.

La madurez a la que se llega en el sacerdocio por el sacrificio y entrega personales sostenidas por la gracia sacramental es requerida especialmente en tiempos como los que estamos viviendo. La madurez cristiana de una persona y de una comunidad, se mide por la capacidad de responder a los retos que surgen y que podemos afrontar unidos a Aquel que, con la encarnación, con su vida, con su pasión, muerte y resurrección

nos ha dicho que todo lo humano es digno de ser vivido. Las circunstancias históricas nos piden entregar con convicción nuestra vida como sacerdotes, ejercer de modo creciente una auténtica paternidad, la madurez de afrontar y responder con creatividad a los retos, y todo, confiando en los planes de amor y salvación que Dios tiene para con nosotros; y para nuestra frágil Humanidad.

En momentos así, y para darnos ánimos, Papa Francisco nos regala en su Carta Apostólica “Patris corde” estas, entre otras, hermosa y estimulante palabras: “La historia de la Salvación se cumple creyendo <<contra toda esperanza>> (Rm 4, 18) a través de nuestras debilidades (...) También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto (...) Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca”.

“Ceder a Dios el timón de nuestra barca”; hermosa imagen que expresa muy bien la confianza en Dios que, bajo las palabras de la renovación que vamos a pronunciar, queremos manifestarle y, a la vez, suplicarle a Él que nos hizo sacerdotes suyos. Valiosa imagen, como la imagen tan gráfica que trajo, hace años, D. Victorio a una homilía suya de Misa Crismal, en la que citaba a un compañero sacerdote que le había dicho que acudía a esta Misa, como quien viene “a renovar el contrato”, el del nosotros con el Amo de la Viña en la que Él nos ha puesto a trabajar. Imágenes hechas de fe y de amor al Señor, a nuestro ministerio y a nuestro pueblo, hecho Iglesia de Orihuela-Alicante, al que nos sentimos movidos a servir apasionadamente.

Mucho ánimo; iniciamos una Semana Santa singular, en la que haciendo nuestro el sentimiento de tantos fieles por no poder desplegar la piedad popular que atesoran nuestras comunidades, no por ello dejamos de cuidar, más que nunca, la apertura y el ofrecimiento de piedad y servicio sacramental de nuestros templos e iglesias, guardando estrictamente las medidas sanitarias, y cuidando con esmero y delicadeza todas las celebraciones, para que cada persona o familia que acuda viva una Semana Santa en la que pueda revivir fructuosamente el misterio de la Redención de Aquel <<que por nosotros y por nuestra salvación...>> padeció, murió y resucitó. Una Semana Santa que nos conduzca a predicar y a vivir con pasión la próxima cincuentena Pascual, el tiempo de Pascua,

con el luminoso mensaje de consuelo y de misión que nos depara, y que nos es tan necesario en esta difícil época que estamos atravesando. Proclamemos la Resurrección de Cristo, reavivemos que es la fuente definitiva de la Esperanza.

En manos de María, madre de Dios y madre nuestra, que se mantuvo fiel al pie de la Cruz y en la prueba de la soledad y el silencio del Sábado Santo, pongamos la fe de nosotros sacerdotes, testigos de la Resurrección en medio de las circunstancias que vive nuestro pueblo. Que S. José, su esposo y patrono de la Iglesia Católica, nos asista con su ejemplo e intercesión.

Tengamos bien presentes en esta Eucaristía a todos los diocesanos, a las víctimas de la pandemia y a cuantos les afectan sus consecuencias, a los sacerdotes ausentes por estar en las misiones, enfermos o impedidos, a todos los necesitados y a nuestros difuntos, especialmente a D. Rafael y a los compañeros que nos acompañaron otros años en esta Misa. Y a todos, de corazón: ¡Feliz Triduo Pascual! Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.